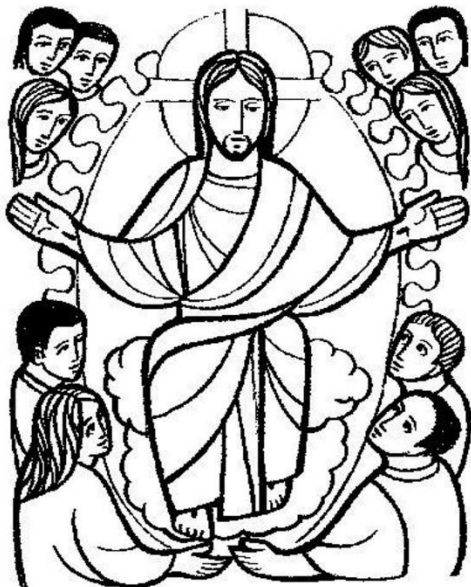




ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ



Plan de Predicación



XXXI Domingo del Tiempo Ordinario

(ciclo A)

01 de noviembre de 2026

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

1. Notas exegéticas

Lectura del libro del Apocalipsis 7, 2-4. 9-14

Apareció en la visión una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua.

Recordemos que el libro del Apocalipsis constituye una bella muestra de la experiencia de una comunidad cristiana que enfrenta el desafío de vivir su fe en Jesús en medio de un contexto imperial hostil. Haciendo uso de símbolos y de un lenguaje escatológico, la literatura apocalíptica se caracteriza por ofrecer una lectura global de la historia, en la que el mal no tiene la última palabra, sino Dios. En ese orden de ideas, las dificultades no representan el final, sino situaciones propias del caos destinado a ordenarse, pues el desenlace definitivo es de felicidad, justicia y triunfo del amor.

Por ello, la literatura apocalíptica invita a sus lectores a mantenerse firmes y esperanzados, asumiendo con responsabilidad el presente que les corresponde vivir, desde la certeza de que Dios lucha junto a su pueblo y su amor vencerá definitivamente. El Apocalipsis no es un libro de miedo ni de desesperación; es una invitación a la valentía y al coraje fundada en la certeza de la presencia de Dios en la historia humana.





Plan de Predicación

La sección que meditamos en esta solemnidad refleja tanto las inquietudes de la comunidad cristiana de finales del siglo I como el propósito del redactor de ofrecer esperanza en medio de la dificultad. La persecución romana y las tensiones con la sociedad imperial suscitan preguntas profundas: ¿vale la pena perseverar en la fe? ¿Dónde están nuestros hermanos asesinados o perseguidos? ¿Han recibido la recompensa de los justos?

El texto responde mediante la imagen de la multitud innumerable de santos que han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Con ello transmite un mensaje de consuelo: las dificultades no se viven en soledad, sino unidas a Cristo y a la fuerza de su muerte y Resurrección. La victoria de Cristo sobre la muerte es la antesala de la victoria definitiva sobre toda forma de mal. Así, la comunidad comprende que, del mismo modo que está unida al Señor resucitado, también los hermanos que han partido permanecen vivos en Aquel que es la vida en plenitud. Por eso vale la pena perseverar con valor, pues la muerte no puede destruir la comunión con Dios ni con los hermanos.

Salmo 23, 1-2. 3-4ab. 5-6

Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

El salmo presenta de forma magnífica la experiencia de fe en Dios traducida en la cotidianidad. Comienza proclamando la fuerza creadora de Dios y afirmando que toda la realidad le pertenece y encuentra en Él su fundamento. Nadie puede considerarse fuente última de sentido, pues el origen y sostén de la vida es Dios mismo.

La segunda estrofa ofrece una hermosa síntesis entre vida cotidiana y culto al preguntar: «¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro?». Llama la atención que el texto hable del «monte» y del «recinto sacro» y no directamente del templo. Esto parece reflejar épocas tempranas de Israel en las que era habitual rendir culto a Dios en montañas y santuarios sencillos, donde lo principal era garantizar una experiencia de encuentro con Aquel que está más arriba del ser humano, pero se permite descender a su altura para entablar una relación con él.





Plan de Predicación

Sin embargo, la pregunta central del salmo no es quién posee mayor prestigio o posición social, sino quién puede mantenerse en pie ante Dios. La respuesta es clara: quien vive con rectitud y fraternidad. El culto aparece, así como síntesis de una experiencia de fe coherente. No se celebra aquello que no se vive.

La pureza exigida por el salmo no es externa ni ritualista. Se trata de unas manos inocentes porque no se emplean para el mal y de un corazón puro que examina constantemente sus intenciones para orientar la vida hacia el bien. De este modo, la experiencia religiosa se verifica en la manera concreta de relacionarse con Dios y con los demás.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 1-3

Veremos a Dios tal cual es.

La carta de Juan refleja la experiencia de una comunidad que afronta no solo las presiones del contexto imperial, sino también divisiones internas provocadas por una comprensión inadecuada de la persona de Jesús. Algunos grupos tendían a enfatizar únicamente su condición divina, restando importancia a su humanidad y a su presencia concreta en la historia.

Frente a ello, la comunidad detrás de la carta insiste en que la divinidad de Jesús se manifiesta precisamente en su humanidad, en su compromiso con la vida y en su cercanía a la realidad humana. No es posible comprender plenamente la divinidad de Jesús sin reconocer su humanidad, pues Jesús es Mesías, Dios y Ser Humano.

Por esta razón, la identidad compartida entre el Padre y los discípulos de Jesús encuentra su fundamento en el amor. No se trata de un amor abstracto o meramente ideológico, sino de un amor que se hace carne y transforma la vida humana.

La comunidad comprende que la comunión con Dios es posible en la medida en que se vive la filiación desde el amor, reproduciendo en las relaciones humanas el modo en que Dios ha tratado a la humanidad en su Hijo: perdonando, sirviendo, acogiendo y preocupándose por la vida concreta de cada persona.





Plan de Predicación

Finalmente, la relación con Dios en Jesús no es otra cosa que la realización de la vocación al amor. La revelación definitiva será la culminación de una experiencia cotidiana y continua de comunión con Dios. Ver a Dios en plenitud será, al mismo tiempo, ser capaces de amar plenamente nuestra humanidad y la de los demás al estilo de Jesús.

San Mateo 5, 1-12a

Esten alegres y contentos, porque su recompensa será grande en el cielo.

Las bienaventuranzas constituyen el discurso inaugural de Jesús en el Evangelio de Mateo y funcionan como presentación del proyecto discipular del Reino. Seguir a Jesús es un camino de alegría. El término griego makarioi puede traducirse como «dichosos» o «bienaventurados», es decir, personas que experimentan una alegría profunda.

Las dos primeras bienaventuranzas destacan especialmente la pobreza de espíritu y la búsqueda de la justicia. Ambas expresan actitudes que manifiestan la sintonía con el Reino de los cielos, pues la vida deja de orientarse desde la dominación para centrarse en la libertad de elegir obrar el bien y servir.

Es significativo que las primeras afirmaciones aparezcan en presente, mientras que otras promesas se expresan en futuro. Esto no significa que la alegría en Dios sea una realidad exclusivamente futura o reservada para después de la muerte. Por el contrario, la alegría comienza ya en la capacidad de percibir la vida, escuchar los clamores de la existencia y comprometerse con ella.

La alegría de los mansos, misericordiosos, limpios de corazón y hambrientos de justicia no constituye una exaltación del sufrimiento ni una invitación a la pasividad frente al mal. Se trata de la alegría que nace de configurarse con Jesús y de expresar aquí y ahora la cercanía de Dios a quienes experimentan alegrías, necesidades o dificultades concretas. Por eso, para el autor mateano, es clave que quien se apreste a ser discípulo de Jesús tenga clara esta actitud desde el principio, pues es la forma de mostrar que la comunidad en Jesús es realmente prolongación del pueblo de Israel, al vivir la Ley desde el corazón y para el servicio de los demás, no para la vanagloria de un legalismo estéril.





II. Pistas homiléticas

- La fiesta de Todos los Santos celebra la vocación común de todos los bautizados. Es la celebración de una identidad que tiene su origen en la misma identidad de Dios: un amor que se desborda en servicio a los demás.
- Las lecturas nos muestran que el seguimiento de Dios no conduce a una vida artificiosa, sino a una existencia comprometida con la realidad. La santidad se vive en la vida cotidiana, desde lo que somos y tenemos, en el lugar concreto donde nos encontramos. Recordemos las palabras del papa Francisco en *Gaudete et Exsultate*: «Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra». (GE,14)
- La santidad es también experiencia de comunión con Dios. Una comunión que no se alcanza alejándose de los demás, sino aprendiendo a ser como Dios: cercano, compasivo y atento al corazón del otro.
- El culto ha de ser síntesis de la experiencia de comunión con Dios. No es coherente una elevada pureza ritual acompañada de indiferencia hacia los hermanos. Como recuerda el salmo, la verdadera adoración se expresa en una vida orientada al bien común.
- Ser santo no significa convertirse en alguien extraño ni buscar el sufrimiento por sí mismo. Significa vivir la propia historia, con sus alegrías y desafíos, desde la convicción de que Dios camina con nosotros y a nuestro favor. Por eso el santo y la santa procuran transparentar el rostro de Jesús en su vida diaria.
- La santidad no anula la identidad personal. Por el contrario, permite que aflore lo mejor de cada persona, pues el Señor nos capacita para ser sus testigos desde nuestra propia vocación y circunstancias.
- En nuestra Arquidiócesis nos encontramos en la bella etapa del **Cultivar la Fe** del Camino Discipular Misionero. En este horizonte, ser santos en la vida cotidiana es una manera concreta de cultivar la fe; y cultivar la fe es, a su vez, un camino de santidad. ¿Por qué? Porque en lo cotidiano y concreto de nuestra





Plan de Predicación

existencia buscamos pensar, sentir y actuar desde Jesús, desde su Evangelio y desde el amor que mostró a la humanidad. Cada año, al celebrar esta solemnidad, podríamos asumir la sana costumbre de revisar nuestra cosecha personal y comunitaria, verificando cuánto hemos logrado transparentar a Jesús en nuestras acciones.

- La santidad es vocación de todos y posibilidad real para todos. Ser santos no es una tarea reservada para después de la muerte. Es una llamada universal y una tarea que comienza hoy.





III.

Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Convidados a la mesa del Señor, festejamos hoy la Solemnidad de todos los santos, es decir, la memoria de aquella “muchedumbre innumerable” que participa ya de la felicidad eterna delante de Dios. Con ellos, celebremos la vocación común de todos los bautizados, la santidad, y pidamos a Dios nos conceda la dicha de tomar parte en el reino de los cielos. Que los santos intercedan por nosotros. Bienvenidos.

Monición a las lecturas

El evangelio declara que los limpios de corazón verán a Dios. La visión de Juan en el Apocalipsis da cumplimiento a esta bienaventuranza al contemplar la multitud de los santos que, con vestiduras blancas y palmas en sus manos, celebran la victoria de nuestro Dios. Dejemos, entonces, que la Palabra de hoy, sea aliento en nuestro camino hacia la patria celeste. Escuchemos.





Oración de fieles

Presidente: Dirijamos nuestras peticiones a Dios, Padre todopoderoso, que por el bautismo nos ha hecho hijos suyos y, por Jesucristo, nos llama a ser santos.

R/: Padre santo, escúchanos.

1. Oremos por la Iglesia santa de Dios, para que se mantenga en Jesucristo, Camino que lleva al Padre.
2. Oremos por los gobernantes, especialmente de los países en conflicto armado, para que supliquen la sabiduría que les permita tomar caminos de paz y reconciliación.
3. Oremos por los santos que viven entre nosotros, para que su testimonio nos anime en la fe y en las buenas obras.
4. Oremos por los pobres, los humildes, los que sufren, los que luchan por la justicia y trabajan por la paz, para que, siguiendo el ejemplo de los santos, se mantengan en la esperanza de las bienaventuranzas.
5. Oremos por nosotros, para que perseveremos en el propósito de santidad y en la intención de llevar una vida semejante a la de Jesucristo.

Presidente: Escucha, Dios de misericordia, las súplicas de tus hijos, por intercesión de los santos que rinden alabanza a Ti y al Cordero, por los siglos de los siglos. Amén.





XXXI domingo del Tiempo Ordinario

Solemnidad de Todos los Santos

Ciclo A

1 de noviembre

I. Claves de reflexión

1. Acompañar:

La Palabra de Dios nos lleva por caminos de santidad

En la Palabra de Dios encontramos distintos verbos, uno de ellos es “ver” y parece que es distinto de “mirar”. Quizá podríamos pensar cuál es la diferencia...

“Ver” (con los ojos del Espíritu) quizá signifique reconocer el amor de Dios en todas las circunstancias.

“Recibir” (acoger) la bendición del Señor. El Señor quiere bendecirnos a todos con su amor; esta experiencia nos da la fuerza para caminar con él y hacia él a pesar de que tengamos dificultades, tristezas o problemas.

“Enseñar”: en el Evangelio de hoy Jesús nos enseña una manera distinta de entender la felicidad, la riqueza, la paz; una manera concreta de relacionarnos con Dios y con los demás.

Jesús nos aconseja para que caminemos hacia la santidad con nuestros pensamientos palabras, actos; es decir, vivir en el amor que él nos ha ofrecido, sobre todo cuando hay dificultades o cosas que nos entristecen en nuestras familias o con nuestros amigos.





2. Motivar:

Dios nos ama primero y desde siempre. Él nos regala ayudas para crecer como hijos suyos. Su amor nos anima a confiar, acoger, agradecer, ayudar, reconciliarnos y perseverar en el bien.

Jesús nos muestra que podemos vivir de una manera diferente: consolar a quien llora, tener misericordia con quien se equivoca, reconocer un error, pedir perdón, o hacer lo correcto, aunque otros no lo hagan, de esta forma también nosotros estamos trabajando por la paz.

Sin embargo, podemos llegar a sentir que no es fácil lo hacer que el Señor nos aconseja; por eso el Espíritu Santo nos acompaña y nos fortalece siempre.

Se trata de acoger ese amor ofrecido generosamente y permitir que transforme nuestra manera de pensar, sentir y actuar. Cuando elegimos amar, ayudar y reconciliarnos, respondemos al amor que hemos recibido y hacemos visible la presencia de Dios en nuestra vida.

3. Retar:

La santidad es un camino, un camino que hay que recorrer juntos, ayudándonos unos a otros [...] es un don. Entonces, podemos preguntarnos: ¿recuerdo que he recibido el don del Espíritu Santo, que me llama a la santidad y me ayuda a llegar a ella? ¿Le doy las gracias al Espíritu Santo por esto, por el don de la santidad? ¿Siento a los santos cerca de mí, hablo con ellos, me dirijo a ellos? ¿Conozco la historia de algunos de ellos? Nos hace bien conocer la vida de los santos y motivarnos con sus ejemplos. Y nos hace muy bien dirigirnos a ellos en la oración. (Papa Francisco, Ángelus, 1 de noviembre de 2023)

Al llegar a casa, después de la eucaristía, conviene buscar la información sobre la vida de alguno de los santos de nuestro tiempo, en especial los que han sido proclamados recientemente, y preguntarse cuál fue su modo de entrar en amistad con Jesús y poner en práctica la voluntad de Dios para ser felices de ese modo.





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, hoy nos reunimos para celebrar la solemnidad de Todos los Santos. Esta fiesta nos recuerda que Dios nos llama a todos a vivir en su amor y que la santidad se va construyendo en las pequeñas acciones de cada día: compartir, consolar, perdonar, buscar la justicia, trabajar por la paz y cuidar a los demás.

A través de las Bienaventuranzas, Jesús nos mostrará que ser felices consiste experimentar el amor de Dios, aprender a amar, confiar en Dios y vivir con un corazón dispuesto a hacer el bien.

Dispongamos nuestro corazón para escuchar su Palabra y descubrir cómo podemos recorrer el camino de la santidad en nuestra propia vida.

Monición a las lecturas

La lectura del Apocalipsis, al referirse a una gran multitud de personas que pertenecen a Dios, nos recuerda que todos los hijos de Dios estamos llamados a vivir la santidad. La primera carta de Juan refuerza este mensaje al señalar la esperanza de ser como el hijo de Dios. En el evangelio, Jesús nos enseña y nos propone el camino para lograrlo.

Escuchemos con atención y descubramos qué significa tener un corazón limpio, ayudar a quien sufre, actuar con justicia y construir la paz. La santidad no es algo lejano, sino que comienza cuando dejamos que el amor de Dios transforme nuestra manera de pensar, sentir y actuar.





Oración de fieles

Presidente: Hermanos, confiados en el amor de Dios, que nos llama a vivir como hijos suyos y nos muestra en Jesús el camino de la santidad, presentemos nuestras peticiones diciendo:

R/. Señor, enséñanos a vivir en tu amor.

1. Por la Iglesia: para que, siguiendo las enseñanzas de Jesús, sea una comunidad que consuele a quienes sufren, acoja a los más necesitados y trabaje por la paz. Roguemos al Señor.
2. Por quienes gobiernan las naciones: para que busquen la justicia, respeten la dignidad de todas las personas y trabajen por una sociedad donde todos puedan vivir en paz. Roguemos al Señor.
3. Por nuestras familias y comunidades: para que aprendamos a escucharnos, perdonarnos, compartir lo que tenemos y acompañarnos en las dificultades. Roguemos al Señor.
4. Por los niños y por quienes los acompañan en su crecimiento: para que encuentren adultos que los cuiden, los escuchen y les enseñen con su ejemplo a amar, respetar y hacer el bien. Roguemos al Señor.
5. Por todos nosotros, aquí reunidos: para que, al escuchar las Bienaventuranzas, descubramos una acción concreta con la que podamos llevar el amor de Dios a quienes nos rodean. Roguemos al Señor.

Presidente: Padre bueno, recibe nuestras peticiones y ayúdanos a caminar junto a Jesús, para que nuestras palabras y acciones sean expresión de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

